

Comentario de «Sobre sujeto y objeto» de Theodor W. Adorno

Francesc J. Hernández (Universitat de València), 13/11/2018

1.-

«Sobre sujeto y objeto» es el primero de los dos «Epilegómenos dialécticos» que escribió Theodor W. Adorno (el segundo se titula «Notas marginales sobre teoría y praxis»). Ambos textos, sin datación, fueron añadidos al final de su libro *Stichworte*, que se publicó en 1969, el año de la muerte del filósofo y sociólogo de Fráncfort, en el número 347 de la serie de Suhrkamp. Esta editorial también publicó sus escritos completos en alemán (*Gesammelte Schriften*, abreviado *GS*), donde aparecen en el tomo X.2. La nota de los editores, encabezados por el recientemente fallecido Rolf Tiedemann, en *GS* explica que Adorno recopiló los textos y corrigió las pruebas de imprenta, pero el libro se publicó justo después de la muerte de Adorno. Por lo tanto, nos encontramos ante una especie de escritos testamentarios, impresión que queda reforzada al calificarlos el autor de «*Epilegomena*».

El texto fue traducido al castellano en un tiempo relativamente breve. *Stichworte* fue vertido como *Consignas* por Ramón Bilbao para la editorial Amorrortu de Buenos Aires (esta es la versión, muy escrupulosa –aunque tengo algunas discrepancias que comentaré–, que citaré aquí y que abreviaré como *Co*). También en la edición de *Obras Completas* (abreviado *OC*) de la editorial Akal de Madrid se recoge los Epilegómenos en el correspondiente tomo X.2, en el que el traductor, Jorge Navarro, traslada el término alemán *Stichworte* como *Entradas*, en el sentido de las de un diccionario. Podría traducirse también como *Palabras clave*, *Apuntes*, e incluso, teniendo en cuenta que es un término compuesto, como *Palabras-puntada* o *Palabras-punzantes*, lo que no sería descabellado puesto que el texto de Adorno adopta voluntariamente un tono «punzante», difícil. Antes de entrar en materia, realizaré un par de consideraciones preliminares sobre la dificultad del lenguaje adorniano y sobre la construcción de sus obras.

2.-

Aunque el texto de «Sobre sujeto y objeto» es breve (16 pp. en *Co* y 18 en *OC* y en *GS*), es de lectura difícil. Si bien no suele ser elegante la autocita, me remito a un par de párrafos que publicamos hace tiempo los profesores José Beltrán, Adriana Marrero y yo mismo en nuestro manual *Teorías sobre sociedad, familia y educación*, que transcribiré a continuación (con sus largas notas), porque lo esencial está resumido allí:

Adorno sabía bien que lo contenido en una obra podría implicar una cierta configuración que suscitara problemas hermenéuticos, con los que había que acarrear en pro de la coherencia teórica¹. Así lo muestra su estudio de Hegel o su relación con Benjamin. Al primero dedicó un largo artículo, «*Skoteinos* o cómo habría de leerse», titulado con una palabra griega que significa «oscuro, tenebroso, ininteligible», tratando precisamente esta cuestión². Walter Benjamin, que ejerció sobre Adorno una profunda influencia, comparaba en una ocasión el tratado, que es de origen árabe, con la arquitectura del Islam: la estructura se abre desde el interior. Con este código podrían descifrarse muchos artículos de Adorno, cuyo contenido «se revela contra la forma sistemática»³.

A la dificultad interpretativa de los escritos de Adorno hay que añadir los problemas que depara su traducción. Andrés Sánchez Pascual los explica ampliamente en su introducción a *Impromptus*⁴. También la edición inglesa de *Prismen* va precedida por un ensayo de Samuel y Shierry Weber sobre esta cuestión. Jay llega a comentar: «Leer un escrito de Adorno o Benjamin recuerda un comentario que se dice formuló el cineasta Jean-Luc Godard cuando se le preguntó si sus películas tenían un principio, un medio y un fin. “Sí –replicó–, pero no necesariamente en ese orden.”»⁵.

¹ Véase *Minima moralia*, Madrid, Taurus, 1998, 2ª ed., § 51.

² Th. W. Adorno: *Drei Studien zu Hegel*, Fráncfort d.M., Suhrkamp, 1963 (*GS* 5); cit. según la trad. cast., *Tres estudios sobre Hegel*, Madrid, Taurus, 1969, 1991⁴ (Ensayistas; 61), pp. 119-190.

³ «[En la arquitectura del Islam] la superficie de sus deliberaciones no está vivificada pictóricamente, sino recubierta con las redes de una ornamentación que se extiende y anuda sin solución de continuidad. En la densidad ornamental de esta exposición desaparece la diferencia entre desarrollo temático y excursos.» (J. Habermas, *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1985, p. 145).

⁴ Nota preliminar de Th. W. Adorno: *Impromptus. Serie de artículos musicales impresos de nuevo*. Barcelona, Laia (Papel 451/Sociología Música; 67).

⁵ M. Jay: *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1989, p. 289.

3.-

Pero además del lenguaje escogido por Adorno, hay dos factores más que añaden dificultad al texto. En primer lugar, la propia concepción que Adorno tenía del género del ensayo, que ya en 1932 escribió que debía estar marcado por la «osadía del intento», un atrevimiento que ha de forzar siempre el pensamiento⁶. En segundo lugar, la manera como el autor de Fráncfort componía (y nunca mejor dicho, atendiendo a su afición musical) sus textos.

Sabemos que Adorno escribía con pluma estilográfica bien en folios, bien en una libreta que llevaba consigo y donde iba anotando sus reflexiones. He podido consultar una copia de algunas anotaciones de Adorno para sus Lecciones en la Universidad de Fráncfort en la Akademie der Künste de Berlín y se puede apreciar como volvía sobre el texto redactado para corregir palabras, intercalar nuevas frases en los interlineados o remitir a otras anotaciones. Todo ello con una letra pequeña y difícilmente inteligible para otro lector que no fuera él mismo.

Todo este trabajo de reelaboración venía a ocultar un estilo de redacción muy semejante al de Hegel, que también copió Marx, a saber, formular una tesis general y después explicarla (o si se prefiere, componer el tema musical y luego desplegarlo). Da la impresión que así sería la primera redacción de los textos de los diferentes epígrafes a comentar del primero de los Epilegómenos, pero que posteriormente, con sucesivas reelaboraciones, esa configuración quedó encubierta por la, como él dijo, «osadía del intento».

Por todo ello resulta difícil *resumir* este texto, porque reducir un epígrafe a una tesis no hace justicia ni al esfuerzo de reelaboración ni a su revolverse contra la sistematicidad.

⁶ «Los empiristas ingleses al igual que Leibniz llamaron ensayos a sus escritos filosóficos, porque la violencia de la realidad recién abierta con la que tropezó su pensamiento les forzaba siempre a la osadía en el intento. Sólo el siglo postkantiano perdió junto con la violencia de lo real la osadía del intento. Por eso el ensayo se ha trocado de una forma de la gran filosofía en una forma menor de la estética, bajo cuyo aspecto, pese a todo, huyó a cobijarse una concreción de la interpretación de la cual no dispone hace ya mucho la filosofía propiamente dicha, con las grandes dimensiones de sus problemas. Si al arruinarse toda seguridad en la gran filosofía el ensayo se mudó allí, si al hacerlo se vinculó con las interpretaciones limitadas, perfiladas y nada simbólicas del ensayo estético, ello no me parece condenable en la medida en que escoja correctamente sus objetos: en la medida en que sean reales. Pues el espíritu no es capaz de producir o captar la totalidad de lo real; pero sí de interrumpir en lo pequeño, de hacer saltar en lo pequeño las medidas de lo meramente existente.» (Th. W. Adorno: «Actualidad de la filosofía» (1932), en *Actualidad de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 102).

Además, la misma ordenación de los epígrafes parece haber estado sometida a una cierta reconsideración (recuérdese lo dicho anteriormente sobre Godard). Otro factor para renunciar a *resumir* el texto, y tal vez más decisivo, es que, con Adorno, tenemos que seguir la recomendación que él mismo planteaba: renunciar a la «demostración sin lagunas, [...] al gesto de “tener ganado el pleito”, [...] a querer tener la última palabra, una palabra que resultase coercitiva»⁷. Por tanto, no aspiro a un comentario que zanje los asuntos, sino más bien que los plantee, tal vez con lagunas y dudas.

4.-

Los epígrafes de «Sobre sujeto y objeto» tienen un único párrafo. Se trata del mismo estilo *fragmentario* que encontramos en otras obras suyas, como, por ejemplo, *Minima moralia* o *Dialéctica negativa*. Excepcionalmente, el § 3 tiene dos párrafos, no menos amplios. Pues bien, si dividiéramos el § 3 en dos epígrafes, y los renumeráramos todos nos daríamos cuenta que Adorno organiza el texto, por así decir, por parejas de epígrafes: §§ 1 y 2, §3 (con dos párrafos), §§ 4 y 5, §§ 6 y 7, §§ 8 y 9, §§ 10 y 11, y finalmente, aislado, el §12. En estas parejas, un párrafo argumenta generalmente desde el sujeto hacia el objeto y el otro desde el objeto hacia el sujeto.

Después de todas estas consideraciones preliminares, podemos entrar en harina, indicando cuál es el interés de nuestra lectura, a saber, la determinación de qué sea teoría crítica o, en términos más prosaicos, qué puede aportar este texto a una persona interesada en sociología o en filosofía social.

⁷ Cit. por J. Habermas, *Perfiles filosófico-políticos*, trad. cit., pp. 146-147. El texto de Adorno citado es: «El propio querer tener razón es, hasta en la más sutil forma lógica de la reflexión, una expresión de aquel espíritu de autoafirmación cuya disolución constituye precisamente el designio de la filosofía. [...] Lo esencial sería poseer conocimientos que no fuesen absolutamente exactos e invulnerables –éstos desembocan sin remedio en la tautología-, sino tales que ante ellos surgiera por sí sola la pregunta por su exactitud. –Pero ello no comporta una tendencia al irracionalismo o a la erección de tesis arbitrarias justificadas por la fe en las revelaciones de la intuición, sino la eliminación de la diferencia entre tesis y argumento. Pensar dialécticamente significa, en este aspecto, que el argumento debe adquirir el carácter drástico de la tesis, y la tesis contener en sí la totalidad de su fundamento. [...]»
»Entre las tareas de la lógica dialéctica se cuenta la de acabar con los últimos vestigios del sistema deductivo juntamente con los últimos gestos abogadiles del pensamiento.» (Theodor W. Adorno: *Minima Moralia*, § 44; trad. cit., pp. 68-69).

5.-

Si aceptamos la disposición general mencionada en parejas de epígrafes, el asunto que nos ocupa se plantea potentemente en el §6. A grandes rasgos, antes de este, Adorno argumenta lo siguiente (con las precauciones sobre la posibilidad de *resumir* el texto comentadas anteriormente).

En los epígrafes iniciales (§§1 y 2), Adorno explica que la distinción sujeto/objeto es equívoca, porque ambas nociones se basan en un par de significados que se implican mutuamente. La de sujeto y objeto es una separación real e ilusoria a un tiempo. Los dos primeros epígrafes no precisan más comentario, aunque hay que apuntar que Adorno desliza algunas menciones no triviales a la «praxis colectiva» o a la «paz realizada».

Los dos párrafos del §3 nos hablan del círculo sujeto empírico-sujeto trascendental. Este fue abstraído de los individuos concretos, pero acaba siendo más real o «constitutivo» que ellos.

Es preciso introducir una explicación complementaria. En su análisis del conocimiento (de la constitución de la ciencia, esto es, de la posibilidad de formular juicios universales y necesarios), Kant se separa aparentemente de las propuestas racionalistas (que fundamentaban el conocimiento en la deducción de juicios ciertos desde una *res cogitans*) y de las empiristas (que basarían el conocimiento en la inducción desde la experiencia y en las operaciones del psiquismo), para precisamente *deducir* la constitución del sujeto de los componentes que precisa la ciencia realmente constituida (formas y conceptos a priori). Este sujeto deducido es el sujeto trascendental, que se contrapone, a los sujetos empíricos.

Al final del primer párrafo del §3, Adorno parece parafrasear al Marx de la *Introducción a la Crítica de la Economía Política* (1857). Veamos ambos textos:

Pero la época que genera este punto de vista, esta idea del individuo aislado, es precisamente aquella en la cual las relaciones sociales (generales según este punto de vista) han llegado al más alto grado de desarrollo hasta el presente.

(K. Marx: *Introducción general a la Crítica de la Economía Política*, 1857. México, Siglo XXI, 1989, p.34.

Cuanto más son reducidos los individuos particulares a funciones de la totalidad social por su vinculación (*Verknüpfung*) con el sistema, tanto más el espíritu (*Geist*), consoladoramente, eleva al hombre, como principio, en cuanto dotado del atributo de la creatividad, a una dominación absoluta.

(Co 146, GS X.2 744)

Más adelante enuncia la relación entre sujeto trascendental y *homo oeconomicus*.

Los epígrafes siguientes (§§ 4 y 5) merecen mayores explicaciones. Aquí, en definitiva, Adorno formula una tesis que procede de su *lectura* de Kant, y por *lectura* entiendo aquí no una mera interpretación sino todo un arco biográfico que vincula dos momentos separados en el tiempo y que, naturalmente, no se explicita en el texto a comentar.

En 1918, Adorno conoció a Siegfried Kracauer, con el que mantuvo una relación de connotaciones homoeróticas⁸. Adorno relató tiempo después que, en aquella época y durante muchos años, ambos leían regularmente los sábados por la tarde la *Crítica de la razón pura* de Kant: «Bajo su guía, desde el principio experimenté la obra no como una mera teoría del conocimiento [...], sino como una especie de escritura codificada a partir de la cual se podía leer el estado histórico del espíritu [...].»⁹

Más de cuarenta años después, en el semestre de verano de 1959, Adorno dictó en la Universidad de Fráncfort un curso sobre la *Crítica de la razón pura* de Kant, que hemos traducido Benno Herzog y yo para la editorial bonaerense Las Cuarenta. En este curso, Adorno defiende una interpretación de la primera *Crítica* en la que el objeto siempre tiene un resto indócil a la aprehensión del sujeto; una lectura que calificaría más de materialista que de empirista, toda vez que la lectura de Adorno es antifenomenológica y no es inconciliable una interpretación empirista y fenomenológica (puede verse, como ejemplo, *El empirismo kantiano* de Fernando Montero).

A mi modo de ver, ese curso de 1959 inicia un período de siete años en el que Adorno, por así decir, se concentra en lanzar a Hegel (la dialéctica) contra Kant (y los

⁸ Enzo Traverso: *Siegfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada*, València, Alfons el Magnànim, 1998, p. 31; Detlev Claussen: *Theodor W. Adorno*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006, pp. 67-81.

⁹ T. W. Adorno: *Notas sobre Literatura* (Obra Completa, 11), Madrid, Akal, 2003, p. 373.

neokantianos), pero también a Kant (la primacía del objeto) contra Hegel (y su positividad) y fricciona el uno con otro para alumbrar la *Dialéctica negativa* (1966). Desde las primeras páginas de la obra (véase el primer epígrafe: ¿Es aún posible la filosofía?) se mantiene este juego en el texto como su engranaje principal, en el que se articulan otros (como los comentarios sobre Marx o las críticas a Heidegger).

Por tanto, cuando antes se habló de *lectura* de Kant me refiero al arco biográfico que va de Kracauer a la *Dialéctica negativa*, de leer la *Crítica de la razón pura* como «estado histórico del espíritu» a entenderla como clave para abandonar la dialéctica positiva o para alumbrar una negativa y también para dejar de lado el idealismo, que también alentaría en la fenomenología.

Es precisamente de la *Crítica de la razón pura* (o mejor, de su lectura kracaueriana o, si se quiere, tanto materialista como sociológica) de donde Adorno toma la diferencia de la referencia del sujeto al objeto y la del objeto al sujeto (§ 4), o mejor, la conformación del objeto por parte del sujeto (mediante la constitución que realiza con las mencionadas formas o conceptos a priori) y la configuración del sujeto por el objeto (en tanto que trascendental y no empírico) y la no simetría de estas relaciones (§ 5), por cuanto se afirma la primacía del objeto o, como dice el texto, «el carácter condicionado de lo condicionante». Ello es lo que «deshace el hechizo de la propiedad creadora del espíritu» (*Co* 150, recuérdese el texto cit. de *Co* 146).

6.-

El § 6 gira en torno a una frase central en el párrafo: «Lo *a priori* y la sociedad se encuentran en relación de inherencia recíproca (*sind ineinander*)», están el uno en la otra y viceversa (*Co* 151). Es decir, la sociedad está en lo *apriori* (*das Apriori*) y lo *a priori* está en la sociedad.

Antes de la frase citada, en la primera mitad del epígrafe, Adorno argumenta la primera parte de la afirmación, a saber, que la sociedad está en lo *a priori*; después de la frase, la segunda.

La primera mitad del párrafo concluye que la especie «precipitó» (*schlug... nieder*) en los constituyentes del conocimiento (las formas *a priori*). Dicha así, esta afirmación

podría ser suscrita por Hegel, por ejemplo. Para el primero, sería suficiente con sustituir «especie» por «espíritu» y «constituyentes del conocimiento» por «saber absoluto». En definitiva, lo real se torna racional, que diría Hegel. Algo semejante podría afirmar Durkheim con su pansociologismo. Ambos coincidirían también en lo que afirma el texto, a saber, que apuntar la génesis (social) de los constituyentes no les resta valor: «no por ello valen menos», traduce Ramón Bilbao. Pero como veremos Adorno no se queda aquí.

Después de la frase citada, en la segunda mitad del párrafo, el argumento de Adorno se centra en la segunda parte de la tesis, a saber, que lo *a priori* está en la sociedad, porque la universalidad y necesidad de las formas de *lo a priori* es la que constituye a los seres humanos como unidad.

Volveré ahora sobre la primera parte.

El texto del epígrafe arranca con una crítica del fenomenalismo (*Phänomenalismus*). El lector no ha de caer en el error de identificar el fenomenalismo del que habla aquí Adorno con algunas versiones del empirismo o del positivismo, derivadas, por ejemplo, del Círculo de Viena o de la Escuela de Berlín. Creo que la noción tiene un perímetro mucho más amplio. Porque Adorno no está oponiéndose a una escuela filosófica, sino describiendo una serie de planos de engaño, que hay que distinguir, una especie de escalera con peldaños de sucesivo encubrimiento:

- a) Hay una «ilusión» (*Schein*), más bien una *apariencia*, que consiste en el encantamiento (*Verzauberung*) del sujeto en su propio fundamento de determinación, esto es, en el error en la consideración de su posición como verdadero ser.
- b) Sobre aquella *apariencia*, hay una segunda capa de ocultación: el sujeto produce una «trama de encubrimiento» (*Verblendungszusammenhang*), que le resulta irresistible.
- c) En esta irresistibilidad se funda la «ideología del sujeto» (*Ideologie des Subjekts*), auspiciada por el «narcisismo colectivo».
- d) En un paso más, esta ideología se concreta en filosofías que Adorno tilda de «las [...] más formidables» (*mächtigesten*, las más poderosas).

¿Que está haciendo Adorno? Pues diría que aquello que comenté anteriormente: friccionar a Kant contra Hegel, enmarcar la fenomenología del espíritu en un contexto

de apariencia, encubrimiento, ideología... en definitiva, error; error necesario, pero error. Por ello, la afirmación final, sobre que la génesis (social) de los constituyentes no les resta valor (*diese gelten darum nicht weniger*), se podría traducir también, y tal vez mejor, como «no por ello son menos vigentes».

Lógicamente, el enmarcamiento que opera Adorno, entre otras cosas, es una crítica *avant la lettre* del posmodernismo, porque apunta con extraordinaria precisión a su maniobra teórica principal: desmantalar la noción de ideología, diluir el error en relativismo. La Teoría Crítica, por tanto, no es una posición.

Se puede deducir fácilmente que si en la primera parte del § 6, Adorno lanza a Kant contra Hegel, en la segunda procederá a la inversa. Y tal cosa es la que opera la tesis: «la cautividad categorial de la conciencia individual reproduce la cautividad de cada persona singular». Adorno acepta del autor de la *Fenomenología del espíritu* precisamente la posibilidad de proyectar («como en contorno de sombras», diría Hegel) el plano de la conciencia en la constitución real del ser humano. Lo racional resulta real. Pero aquí la apelación a la *survival*, que tal vez se inspira no solo en Marx, sino también en Freud, rompe con el positivismo de lo real, con «lo ideológico del idealismo». Es decir, en la mejor tradición de la Izquierda Hegeliana, lanzamos a Hegel contra Kant... y contra Hegel.

A continuación, el § 7 parece recorrer la senda marcada por el § 6. De la misma manera, comienza cargando contra una filosofía determinada (en este caso, un reduccionismo como el de Russell que, en su primera época, se autocalificaba de neorrealismo). Pero inmediatamente advertimos que la andanada de Adorno no solo barre un espacio teórico mucho más amplio, sino que incluso apunta una caracterización de la época: «la época de la impotencia subjetiva». En el caso de Russell y otros positivistas, resulta claro que presentan una «filosofía» (se imponen las comillas, porque los positivistas radicales – algunos del Círculo de Viena o la Escuela de Berlín– no la calificarían así) «antisubjetivista» pero en apariencia, puntualiza Adorno. Es subjetivista en realidad, y este subjetivismo ya ha sido criticado en el epígrafe anterior.

Adorno parece volver aquí sobre la tríada: coerción del sujeto-exaltación del sujeto-caracterización epocal, que como hemos visto aparece acuñada en Marx y en la que también se advierte la huella del primer Lukács.

7.-

En el § 8, Adorno argumenta que no «hay» propiamente objeto; en el § 9, que no «hay» propiamente sujeto. En el § 10 argumenta que el sujeto no es sin el objeto y en el § 11 que el objeto no es sin sujeto. Estos cuatro epígrafes me parecen corolarios de lo anterior, aderezados con un virtuosismo dialéctico (en el sentido medieval del término). Se prepara así un nuevo epígrafe, el final, que vuelve sobre la relación reflexión-sociedad. De este modo, el texto se configura con dos partes, cada una de las cuales tiene cinco epígrafes y uno conclusivo, que precisamente es el que deja más patente la relación entre la filosofía y la sociedad o, si se prefiere, entre la teoría y la crítica.

8.-

El § 12 se abre con una tesis pertinente para nuestro comentario: «La reflexión del sujeto sobre su propio formalismo es reflexión sobre la sociedad...». De nuevo aquí la afirmación de Adorno tiene más calado que el aparente. Es suficiente con recordar las aportaciones de la Escuela de Frankfurt y su entorno sobre el proceso de masificación o el proyecto de investigación sobre la personalidad autoritaria en el que participó el mismo Adorno (aunque se mostró crítico con algunos de sus elementos, como la «Escala F», como puede leerse en su curso de *Introducción a la Sociología*, el último que dictó y que podemos suponer contemporáneo a los *Epilegomena*). El fundamento de la tesis inicial está, como ya ha afirmado Adorno a lo largo del texto, por el hecho de que los «formantes constitutivos» del conocimiento se originan en la sociedad aunque son vigentes. Afirma Adorno: «Esta paradoja quizá sea expresión de la cautividad objetiva del sujeto dentro de sí». En alemán, más literalmente, la paradoja sería uno, estaría en perfecto acuerdo con la índole cautiva del sujeto en sí mismo. El sujeto estaría

literalmente ensimismado, recluido en su ensimismamiento. Volvemos así sobre un tópico ya enunciado en el § 6:

Su cautiverio fue interiorizado: el individuo no está menos cautivo dentro de sí que dentro de la universalidad, de la sociedad. De ahí el interés en enmascarar su prisión como libertad. La cautividad categorial de la conciencia individual reproduce la cautividad real de cada persona singular. (*Co* 151)

Adviértase que la «cautividad» del individuo que describe sería lo inverso del «narcisismo» colectivo, de la «ideología del sujeto». O mejor aún, que esta sería índice de aquella, como ya había sugerido Marx. Encontramos aquí potentemente formulado el nexo filosofía-sociología, el tránsito a una Teoría Crítica, que era el objeto de nuestro comentario.